esta unión, señala como medio principalísimo para conservarla, esta moderación y templanza en el estilo que acabamos de indicar.

Hé aquí deducido de esto un argumento que no tiene contestación.

El Papa recomienda la suavidad del estilo *á los escritores católicos* para que les ayude á conservar la paz y la mutua unión. Es así que esta paz y mutua unión solo debe quererla el Papa entre católicos y católicos, y no entre católicos y enemigos del Catolicismo. Luego la suavidad y moderación que recomienda el Papa á los escritores sólo se refiere á las polémicas de los católicos entre sí, nunca á las que debe haber entre católicos y sectarios del error liberal. Más claro. Esta moderación y templanza la ordena el Papa como medio para el fin de aquella unión. Aquel medio debe, de consiguiente, caracterizarse por este fin al que se ordena. Es así que este fin es puramente la unión entre católicos, nunca (*quia absurdum*) entre católicos y enemigos del Catolicismo. Luego tampoco debe entenderse aplicada á otra esfera aquella moderación.

XXV.

Confírmase lo últimamente dicho con un muy concienzudo artículo de "La Civiltá cattolica."

Dudamos se encuentre salida á este argumento porque no la tiene. Mas como la materia es trescendentalísima, y ha sido objeto en estos últimos tiempos de acalorada controversia; siendo además escasa y de flojo peso nuestra autoridad para fallar sobre ella en definitiva; habrán de permitirnos nuestros lectores aduzcamos aquí en pro de nuestras doctrinas voto de más reconocida, por no decir de incontestable y de incontestada competencia.

Es el de *La Civiltá cattólica*, periódico religioso el primero del mundo, no oficial en su redacción, pero sí en su origen, pues fué fundado por Breve especiál de Pio IX, y por él confiado á los padres de la Compañía de Jesús. Este periódico, pues, que no deja sosegar con sus artículos, ya en serio, ya en sátira, á los liberales de su país, se vió varias veces reprendido de falta de caridad por esos mismos liberales. Para contestar á estas farisáicas homilias sobre la templanza y la caridad, publicó dicha *Civiltá* un artículo donosísimo y lleno de chiste, á la par que de profunda filosofía. Vamos á reproducirlo aquí para cansuelo de nuestros liberales y desengaño

de tantos pobres católicos *resabiados* que les hacen coro, escandalizándose á todas horas por nuestra tan anatematizada falta de moderación.

Dicho artículo se titula: "¡Un poco de caridad!" y es como sigue:

"Dice De Maistre, que la Iglesia y los Papas nunca pidieron para su causa más que verdad y justicia. Todo al revés de los liberales, quienes, por cierto saludable horror que deben naturalmente de tener á la verdad y mucho más á la justicia, no hacen más que pedirnos á todas horas caridad.

"Cerca de doce años ha que estamos por nuestra parte asistiendo á este curioso espectáculo que nos dan los liberales italianos, los que no cesan un punto de mendigar lacrimosamente, fastidiosamente, desvergonzadamente nuestra caridad, suplicándonos, puestos los brazos en cruz, en prosa y en verso, en folletos y en periódicos, en cartas públicas y privadas, anónimos y pseudónimos, directa ó indirectamente, que ¡por Dios! tengamos con ellos un poco de caridad; que no nos permitamos ya más hacer reir al prójimo á su costa; que no nos entretengamos en examinar tan al pormenor y con tantos perfiles sus elevados escritos; que no seamos tan pertinaces en sacar á luz sus gloriosas hazañas; que hagamos vista gorda y oidos sordos para con sus descuidos, solecismos, mentiras, calumnias y mistificaciones; que (en una palabra) los dejemos vivir en paz.

"Pues en definitiva, caridad es caridad; y que no la tengan los liberales, está muy en su lugar y se comprende perfectamente; pero que no la usen escritores como los de *La Civiltá cattolica*, este sí que es otro cantar.

"Justo castigo de Dios es que los liberales, que tanto han aborrecido siempre la pública mendicidad, hasta el punto de prohibirla en muchos países bajo pena de cárcel, se vean ahora forzados á hacerse públicos pordioseros, pidiendo de puerta en puerta, como pícaros reaccionarios..... un poco de caridad.

"Con cuya edificante conversión al amor de la mendiguez, han imitado los liberales aquella otra no menos célebre, y edificante conversión de un rico avaro á la virtud de la limosna. El cual, habiendo asistido una vez al sermón y oido una exhortación muy fervorosa á la práctica de ella, de tal suerte se conmovió, que llegó á tenerse por verdaderamente convertido. Y á la verdad, habíale gustado sobremanera el sermón, *tanto que* (decía él al salir del templo) *es imposible que esos buenos cristianos que lo han escuchado no me den de vez en cuando y desde hoy en adelante alguna cosa por caridad.* Así nuestros siempre estupendos liberalazos, despues de haber demostrado con hechos y con escritos (cada cual según sus alcances) que le tienen á la caridad el mismo amor que el diablo al agua bendita; cuando después, oyendo hablar de aquella, vuelven en sí y recuerdan que hay en el mundo

algo que se llama la virtud de la caridad, y que esa puede en ocasiones serles de algún provecho, muéstranse de repente furiosamente enamorados de ella, y vánla pidiendo á voz en cuello al Papa, á los Obispos, al clero, á los frailes; á los periodistas, á todos..... hasta á los redactores de *La Civiltá.*

"¡Y es preciso oirles cuán bellas razones saben aducir en su abono! A creerles á ellos, no hablan en eso por interés propio, ¡santo Dios! sino por el interés de nuestra religión santísima, que tienen ellos en las entretelas del corazón, y que no pueden menos que salir muy perjudicada del modo tan poco caritativo con que nosotros la defendemos. Hablan por el interés de los mismos reaccionarios, y especialmente (¡quién lo creyera!) por el de nosotros mismos, los redactores de la *Civilta cattolica.* "¿Qué necesidad teneis, en efecto (así dicen en tono cofidencial) de meteros en esas peleas? ¿No teneis bastantes hostilidades que arrostrar? Sed tolerantes, y lo serán con vosotros vuestros adversarios. ¿Qué os ganais con este ruin oficio de perros aullando siempre al ladron? Y si á la postre salís de eso molidos y apaleados, ¿á quien daréis la culpa sino á vosotros mismos, que os lo andais buscando, al parecer, con el mayor empeño?"

"Sabia y desinteresada manera de discurrir, que no tiene otro defecto que el de ser muy parecida á aquella que en la novela *I promessi sposi* recomendaba á Renzo Tramaglino el comisario de policía, cuando á las buenas quería llevarle á la cárcel, porque presumía que, á las malas, el mancebo no se había de dejar conducir. "Creedme (le decía á Renzo), creedme á mí, que soy práctico en esas cosas. Caminad pasito y en derechura, sin ladearos acá ni allá, sin que os noten; así nadie reparará en nosotros, nadie advertirá lo que hay, y conservais así vuestro honor."

"Mas aquí observa Manzoni que "de tan galanas razones Renzo no creía ni una, ni que el comisario le quisiese á él, ni que tomase muy á pecho su honra y reputación, ni que de veras tuviese intención alguna de favorecerle. De suerte que tales exhortaciones no sirvieron más que de confirmarle en el designio ya preconcebido de portarse enteramente al revés."

"Designio que (hablando en plata) estamos muy tentados de formar también nosotros. Porque no sabemos, á fe, persuadirnos de que á los liberales les importa poco ó mucho el daño mucho ó poco que podamos causar á la Religión, ó de que se tomen gran pena por lo que realmente á nosotros pueda convenirnos. Creemos, al contrario, que si los liberales juzgasen verdaderamente que nuestro modo de vivir perjudica á la Religión, ó siquiera á nosotros mismos, no solamente guardaríanse de advertírnoslo, sino que antes bien nos alentarían con aplausos.

"Y se nos figura que ese hacerse el celoso y ese rogarnos que modifiquemos nuestro estilo, son

clara señal de que nada pierde en eso por culpa nuestra la Religión, y que nuestros escritos tienen algunos lectores, lo cual para el escritor no deja de ser siempre algún consuelo.

"Y por lo que toca á nuestro interés y al principio utilitario, toda vez que los liberales han sido con muy justa razón tenidos siempre por grandes maestros en este particular, y tienen fama de haber aplicado siempre este principio más bien en provecho propio que en favor nuestro, habrán de permitirnos creer, como hasta hoy hemos creido, que en todo este negocio que se ventila sobre nuestro modo de escribir contra ellos, no somos nosotros los que más perjudicados salimos, ni es la Religión.

"Por lo cual habiendo manifestado esta nuestra pobre opinión, y supuesto que las razones que podríamos llamar intrínsecas é independientes del principio utilitario, que alegan los liberales en favor propio y contra nuestro modo de escribir, han sido ya muchas veces refutadas en las pasadas series de *La Civiltá cattolica*, no nos restaría aquí más que despedir con buenos modos á esos mendigos de nuevo cuño, advirtiéndoles hagan en adelante su oficio de abogados en causa propia, mejor de lo que lo hacían con Renzo aquellos dichos esbirros del siglo XVII. Mas porque no dejan aún algunos de ellos de seguir pordioseando, y recientemente han publicado en Perusa un opúsculo con el título: "¿Qué es el llamado partido católico?" en que no se hace más que

mendigarle y *La Civiltá cattolica* un poco de caridad; no será inútil repitamos una vez en el principio de esta quinta serie las mismas antiguas respuestas contra las mismas antiguas objeciones. Y también será eso gran obra caritativa. No ciertamente aquella que nos piden los liberales, sino otra que tiene también su mérito, cual es la de escucharlos con paciencia, no sabemos ya si por la centésima vez.

"No merece menos el tono humilde y quejumbroso con que de algún tiempo acá nos andan pidiendo un poco de caridad."

XXVI

Continúa la hermosa y contundente cita de "La Civiltá cattolica."

PROSIGUE así el famoso artículo de *La Civiltá cattolica*, y proseguimos nosotros la oportunísima cita de él.

"Si nos piden (dice) los liberales la verdadera caridad, única que les conviene y única que nosotros como redactores de *La Civiltá cattolica* les podemos y debemos dar, tan lejos andamos de querer negársela, que, al revés, creemos habérsela prodigado muy mucho hasta ahora, si no según todas sus necesidades, al menos según nuestra posibilidad. Es intolerable abuso de palabras el que cometen por ahí liberales, dicien-

do que no usamos con ellos de caridad. La caridad, una en su principio, es varia y multiforme en sus obras. Tanto usa muchas veces de la caridad el padre que reciamente pega á su hijo, como el que le cubre de besos. Y muy fácil es que sea muy á menudo menor para con su hijo la caridad del padre que le besa, que la del que le sacude. Nosotros pegamos á los liberales, no puede negarse, y les pegamos muy á menudo, con meras palabras, por supuesto. Pero ¿se podrá decir por esto que no les amamos? ¿que no tenemos para con ellos caridad? Esto podráse decir más bien de los que contra las prescripciones de la caridad interpretan mal las intenciones del prójimo. En cuanto á nosotros, lo más que podrán decir los liberales es que la caridad con que les tratamos no es la que ellos desean. Mas no por eso deja de ser caridad, sí, señor, y es mucha caridad; y pues son ellos quienes piden caridad y nosotros quienes se la regalamos de balde, bien podrían recordar aquí aquel viejo refrán que dice: "A caballo regalado no le mires el pelo."

"Quisieran ellos la caridad de que les alabásemos, admirásemos, apoyásemos, ó de que por lo menos les dejásemos obrar á sus anchas. Nosotros, al revés, no queremos hacerles sino la caridad de gritarles, reprenderles, excitarles por mil modos á salir de su mal camino. Cuando sueltan una mentira, ó plantan una calumnia, ó pillan los bienes ajenos, quisieran esos liberales que nosotros les cubriésemos esos y otros pecadillos *veniales*

con el manto de la caridad. Nosotros, al contrario, les apostrofamos de ladrones, embusteros y calumniadores, ejerciendo con ellos la caridad más exquisita de todas, la de no adular ni engañar á aquellos á quienes queremos bien. Cuando se les escapa algún disparate gramatical, de ortografía, de lenguaje, ó simplemente de lógica, quisieran ellos que hiciésemos sobre eso la vista gorda, y lloran y gimotean cuando de eso les advertimos en público, quejándose de que faltamos á la caridad. Nosotros, al revés, hacemos con ellos la buena obra de obligarles como á palpar con sus propias manos una cosa que deben saber; y es que no son tan grandes maestros como se les figura, que no llegan á nada más que á medianejos estudiantes; y así procuramos en lo que podemos promover en Italia el cultivo de las bellas artes, y en el corazón de esos liberales el ejercicio de la humildad cristiana, de la cual se sabe tienen harta necesidad.

"Quisieran sobre todo esos señores liberales que se les tomase siempre muy en sério, que se les estimase, reverenciase, y obsequiase y tratase como personajes de importancia; resignaríanse á que se les refutase, sí, pero sombrero en mano, inclinado el cuerpo y baja la cabeza en reverente y humildosa actitud. ¿De dónde vienen sus quejas cuando alguna vez se les pone en solfa, como se suele decir; esto es, en caricatura, á ellos, los padres de la patria, los héroes del siglo, los italianos de verdad, la propia Italia, como

suelen decir de sí mismos en más compendiosa expresión? ¿Quién tiene, empero, la culpa, si es tan ridícula esa pretensión que al mismo Heráclito le hicieran soltar la carcajada?

"¡Pues qué! ¿Hemos de estar siempre ahogando todo movimiento natural de risa?

"Dejarnos reir cuando ciertamente no se puede pasar por menos, es tambien obra de misericordia, que los liberales podrían otorgarnos con toda voluntad, ya que por su parte nada les cuesta. Cualquiera comprenderá muy bien que así como hacer reir honestamente á costa del vicio y de los viciosos es de suyo cosa muy buena, según aquello de *castigat ridendo mores*, y aquello otro de *ridendo dicere verum, quid vetat?* así hacer reír alguna que otra vez á nuestros lectores á costa de los liberales, es verdadera obra de misericordia y caridad, para los mismos lectores, que ciertamente, no han de estar siempre sérios y con la cuerda tirante miéntras leen el periódico. Y al fin y al cabo los mismos liberales, si bien lo consideran, ganan mucho en que se rian los otros á costa de ellos, por cuanto de esta suerte viene á conocer todo el mundo, que no son á veces todos sus hechos tan horribles y espantables como pudiera parecer, ya que la risa no suelen provocarla de ordinario más que las deformidades inofensivas.

"¿No nos agradecerán alguna vez el caracter de inocentonas con que procuramos presentar algunas de sus picardías? Y ¿cómo no advierten

que no hay medio más eficaz para lograr se corrijan de ellas, que esta chacota y risa con que se mueve á saludarlas todo aquel que las ve por nosotros puestas en su debida luz? Y ¿cómo no ven que no tienen derecho alguno para acusarnos, cuando así lo hacemos, de no obrar con ellos como manda la caridad?

"Si hubiesen leido la vida de su gran Víctor Alfieri, escrita por él mismo, sabrian que, cuando chicuelo, su madre, que lo queria muy bien educado, solia, cuando le atrapaba en alguna travesura, mandarle ir á Misa con la gorra de dormir. Y cuenta Alfieri que este castigo, que no hacia sino ponerle algo en ridículo, de tal suerte le afligió una vez, que por más de tres meses se portó del modo más intachable. "Despues de lo cual (dice él,) al primer amago de rareza ó travesura, amenazábanme con la aborrecida gorra de dormir, y al punto entraba yo temblando en la línea de mis deberes. Despues, habiendo caido un día en cierta faltilla, para excusar la cual le dije á mi señora madre una solemne mentira; fuí de nuevo sentenciado á llevar en público la gorra de dormir. Llegó la hora; puesta la tal gorra en la cabeza, llorando yo y aullando, me tomó de la mano el ayo para salir y me empujaba por detrás el criado." Pero por más que llorase y aullase y pidiese caridad, la madre, que queria su bien, mantúvose inexorable; y ¿cuál fué el resultado? "Fué, continúa Alfieri, que por mucho tiempo no me atreví á

soltar ninguna otra mentira: y ¡quién sabe si á aquella bendita gorra de dormir debo yo el haber salido uno de los hombres más enemigos de aquella!" En cuya última frase despunta de pasada el fariseo que siempre suele tenerse por mejor que los demás hombres. Pero nosotros, que hemos de pensar que todos los liberales tienen en mucho los elevados sentimientos de su grande Alfieri, ¿por qué no hemos de esperar que los corregiremos del feo vicio, sino de decir mentiras; por lo menos de estamparlas, enviándolos con la gorra de dormir por más que griten y pateen y vociferen caridad, no á la Misa, que eso es imposible, sino á dar una vuelta por Italia, y eso no siempre que se les escape una mentira, que eso seria harto frecuente, sino por lo menos cuando estampan un millar de ellas de una sola vez?

"No insistan, pues, los liberales en quejársenos de que no les tratamos con caridad. Digan más bien, si quieren; que la caridad que nosotros les damos, esa no la reciben de buena gana. Lo sabíamos ya. Mas eso no prueba sino que por su estragado gusto necesitan ser tratados con la sábia caridad que gastan los cirujanos con sus enfermos, ó los médicos del manicomio con sus locos, ó las buenas madres con sus hijos embusteros.

"Más aunque fuese verdad que no tratamos con caridad á los liberales, y que los tales nada de eso han de agradecernos, no por eso tendrían

ellos derecho alguno á quejarse de nosotros. Sabido es que no á todo el mundo se puede hacer caridad. Nuestras facultades son muy escasas: hacemos la caridad según la medida de ellas, prefiriendo, como es nuestro deber, á aquellos que nos manda preferir la misma ley de la caridad bien ordenada.

"Decimos nosotros (entiéndase bien) que hacemos á los liberales toda la caridad que podemos, y creemos haberlo demostrado. Mas en la suposición de que no la hagamos, insistimos aún en que no por eso han de abrumarnos á quejas los liberales. Hé aquí un símil que hace muy á nuestro caso. Está un asesino con su puñal, agarrado á un pobre inocente para clavárselo al garguero. Acierta á pasar de pronto un quidam que lleva en la mano un buen garrote y le arrima al asesino un firme garrotazo á la cabeza, lo aturde, lo ata, lo entrega á la justicia, y libra así, por su buena estrella, de la muerte á un inocente, y de un malvado á la sociedad.

"¿Este tercero ha faltado en nada á la caridad? Si hemos de escuchar al asesino, á quien es regular le duela el porrazo, claro que sí. Dirá tal vez que contra lo que se llama *norma inculpatæ tutelæ* el golpe fué asaz recio, y que con serlo menos podía bastar. Pero, á excepción del asesino alabarán todos al pasajero, y dirán que verificó un acto; no sólo de valor, si que de caridad, no en favor del asesino ciertamente, sino en favor de su víctima. Y que si por salvar á éste

abrió los cascos á aquel sin tener tiempo de medir muy escrupulosamente la fuerza del golpe, no fué ciertamente por falta de caridad, sino porque la urgencia del lance era tal, que no se podía usar de caridad para con el uno sin sacudirle lindamente al otro, y eso sin pararse en sutilezas sobre el más ó el menos de la *inculpata tutela.*

"Apliquemos la parábola. Se da á luz, por ejemplo, un folléto maldiciente, calumnioso y escandaloso contra la Iglesia, contra el Papa, contra el clero, contra cualquier cosa buena. Creen muchos que todo lo de aquel folleto es pura verdad, supuesto que es su autor un *célebre*, *distinguido* y *honrado* escritor, cualquiera que sea! Si sale álguien que para defender á los calumniados y para librar del error á los lectores, le arrime unos cuantos varapalos al desvergonzado autor, ¿habrá aquel faltado á la caridad?

"No podrán ahora negar los liberales que se encuentran ellos más á menudo en el caso de salteadores que en el de víctimas. ¿Qué maravilla será; de consiguiente, que lleven por ello algún trancazo? ¿Qué tendrá de extraño se quejen de que no se les trata con caridad? Ensayen empero no ser ellos tan bravucones y buscaruidos, acostúmbrense á respetar los bienes y la honra de los demás, no suelten tanta mentira, no derramen tanta calumnia, piénsenlo un poco ántes de dar su fallo sobre cualquier cosa; tengan en más las leyes de la lógica y de la gramática,

sean sobre todo honrados, como poco há se lo aconsejó el barón de Ricasoli, con poca esperanza de buen éxito, á pesar de la autoridad y *ejemplos* de tal consejero, y podrán entónces querellarse con razón si no se les trata con el respeto de que, como de la libertad, pretenden ser absolutos monopolizadores.

"Mas ya que obran tan mal como escriben; ya que andan siempre con el puñal en la garganta de la verdad y de la inocencia, asesinos de una y de otra con sus hechos y con sus libros, lleven en paciencia si no podemos en nuestros periódicos prodigarles otra caridad que aquella algo dura que, creemos aún contra su parecer, es la más provechesa, así á ellos como á la causa de los hombres de bien."

XXVII.

En que se da fin á la tan oportuna como decisiva cita de "La Civilitá católica."

Hemos defendido (prosigue) contra los liberales nuestra manera especial de escribir, demostrando que no puede estar más conforme á aquella caridad que tan de contínuo nos están recomendando. Y porque hablábamos hasta aquí con liberales, á nadie habrá causado maravilla el tono irónico que hemos venido empleando con ellos, no pa-